



En la comunidad de los Amarus resplandecientes

Eduardo Paz Esquerre¹



Se lo dijo mientras las yemas de sus dedos se sumergían, tras las dormidas vestiduras de los siglos, en un diálogo sensitivo, íntimo, con la forma y las vibraciones, cofre de imágenes, barro hablador, del antiguo huaco Mochica. En su atolondrada huida al sentir que se acercaban, un huaquero, portador de un costal al hombro, lo había abandonado, en la antigua ciudad de barro, Chan Chan, junto a los pozos de uno de sus anti-
quísimos cementerios.

Los detalles de la decoración policroma del huaco le motivó a hablar, sobre todo el de las prominentes serpientes que se desprenden del grueso cinturón en el vestido ritual de un hombre de perfil, cuyo lado visible de la cara muestra grandes colmillos y rayas zigzagueantes.

—Me desplazaba por un recinto de piedra, en un lugar boscoso, en medio de serpientes de todo tamaño —rememoró Yacutinamo Chayhuac, dejando suspendido el huaco a media altura, en dirección a su amigo para que él lo aprecie mejor—. Alguien, guiándome, mantenía firme mi avanzar hacia el lugar donde debía ubicarme, sin que la visión de los reptiles me atemorizara. Avancé, seguro, rodeado por un campo de energía revestido de una tenue luz transparente, a través del cual, protegido, veía mi entorno. Numerosas eran las sierpes, quietas, meditabundas, en estado de contemplación, simulando troncos, ramas o ramitas. Algunas parecían de mucha edad, como de piedra antigua, tenuemente azuladas

y doradas, con un fulgor de dignidad y silencio. Una gran reunión del linaje de las serpientes. Arribé al recinto principal de piedra. Recuerdo el altar de grandes bloques y la gran vara delgada a la vista de todos, reclinada al centro de la pared. Tomé la vara con la mano izquierda y, dando cara a la profundidad del recinto, sorprendentemente lleno de gente, la levanté extendiéndola sobre los presentes, firmemente, intensificando mi voluntad en el gesto. Su punta delantera se transformó en cabeza de serpiente; el resto, en un cuerpo que se alargaba estirándose y creciendo hacia adelante, flotando en el aire, sujeto a mí en un tramo de su, ahora, cola. ¿Qué crees que significa este sueño? ¿Qué crees, Rubén?

—Es Aiapaec Con, el dios Con —dijo Rubén Pilares, ignorando el relato y la pregunta de Yacutinamo y apuntando su dedo índice a la imagen principal del huaco de arcilla—. Es el Señor de la Sabiduría de la Serpiente y el Señor Jaguar. Los Mochicas lo representaron con grandes colmillos que pueden ser indistintamente de serpiente o jaguar. Las rayas zigzagueantes en el rostro, que algunos arqueólogos identifican con arrugas seniles, representan la piel escamosa de las serpientes, sobre todo la piel de la cabeza de la serpiente. La serpiente y el jaguar fueron los emblemas principales del dios Con.

Yacutinamo frotó el huaco con un pañuelo para sacarle adherencias de tierra que aún tenía. Ambos habían trepado a la cima de la plataforma más elevada

¹ Profesor de la Universidad Privada Antenor Orrego.

de la huaca del Arco Iris, al este de Chan Chan, y ahora descansaban allí relajadamente.

—¿Qué crees que signifique mi sueño? —insistió.

Los ojos hundidos en el rostro delgado de Rubén miraron fijamente un lugar por encima del entrecejo de su amigo, antes de contestarle; luego, el entorno del cuello y pecho, para después posar la mirada en una de las ciudadelas de barro y visualizar en ella, mentalmente, un laberinto de cascajo, barro y piedra perdiéndose en su interior.

—Quizá una comunidad de espíritus, a la que perteneces ancestralmente, te llama en las profundidades de tu mente, siendo la serpiente uno de sus emblemas o signos de representación figurada...

Suspirando, Yacutinamo soltó el ceramio y se puso de pie contemplando las vastas necrópolis de Chan Chan y los muros que se extienden sobre una sábana de arena hasta las cercanías del mar. Concentró su atención en el egregor de la elevada punta del cerro Campana; cerró los ojos y extendió sus brazos, con las palmas abiertas, a este viejo Apu de Chan Chan, piedra sagrada de los antiguos, padre cerro, aspirando lenta y profundamente para absorber, psíquicamente, la mayor cantidad de energía lumínica que se acumula en sus alturas. Pero con el aire y las vibraciones invocadas y atraídas con el pensamiento a sus pulmones, entró en su mente, súbitamente, el recuerdo borroso de los destellos de unas pequeñas serpientes de fuego provenientes de la tierra de los sueños. Abrió los ojos.

—¿Me pregunto, qué significa! ¿Qué simbolizan realmente las serpientes, en el contexto de mi sueño, como código de un mensaje?

Una bandada de gaviotas procedentes de Huanchaco piaron sobre sus cabezas, volando hacia Vichanzao; un olor a mar, en una fresca brisa, invadió el ambiente y sus pensamientos.

—Estás siendo sintonizado telepáticamente —contestó Rubén calmadamente—, estás siendo convocado al cónclave de las serpientes; es decir, por “*Túpac Amarus*” que viven en las montañas de los Andes. No olvides que, en quechua, *Túpac*, quiere decir *el que relumbra o resplandece*. Y *Amaru*, culebra o serpiente grande. Gran Culebra, Gran Serpiente. El nombre completo significa, pues, *Gran Serpiente Resplandeciente* o *Gran*

Serpiente Luminosa; y, por analogía, *Real Serpiente*, *Sublime Serpiente*, *Excelsa Serpiente*, *Gloriosa Serpiente*. Sólo la cultura judeocristiana ha hecho de este animal un símbolo del mal. Este ha sido un símbolo positivo de la sabiduría en muchas culturas de la antigüedad de todo el mundo. Para las viejas culturas andinas de América fue también un símbolo importante y *lo es aún*. Debes descubrir cuál es la esencia del misterio encerrado bajo el símbolo que actúa como un código profundo en ti.

—Yo siempre me he sentido un buscador de sabiduría... —replicó Yacutinamo, frotándose los ojos en un rostro ovalado de cuello grueso, nariz hundida y piel oscura.

—La serpiente es una clave vibratoria de tu propia posibilidad divina envuelta en carne humana —habló su amigo, entrecerrando los ojos como para ver mejor sus propios pensamientos—. Es la representación andina de la presencia y acción fulgurante de lo sagrado en tu conciencia; una de sus muchas formas o señales con que se pone de manifiesto. Debes contactar con *ellos*. Concéntrate. Despierta la visión a distancia de que estás dotado. Mira.

Yacutinamo, pensativo, nacido en Huanchaco, recordó el rumor del mar, los totorales de Huanchaco, su infancia en Túcume y el adiestramiento recibido, desde niño, de su abuelo el curandero Antonio Chayhuac Chumun Caur, para desarrollar sus habilidades psíquicas. Entregó el huaco a Rubén; bajó a un segundo nivel de la huaca del Arco Iris y se sentó delante de uno de los decorados de barro, en alto relieve. Se le llama así, a la huaca, por representar, en numerosos paneles de su entorno, un arco iris vivo, cuyos extremos terminan en cabezas que devoran a un hombre. También se le puede mirar como una serpiente de dos cabezas que forma un arco iris con su cuerpo. Al medio, en la parte baja, aparece el relieve que representa una mesa de sacrificio. Sobre ella, las bocas de dos animales caninos sostienen el cuchillo de sacrificio. Y por encima de las cabezas, otras dos se elevan al cielo bajo el arco iris de barro, como si no tuvieran cuerpo, ya que la parte correspondiente está representada con colgajos terminados en punta. El arco iris-serpiente, emblema sagrado de la manifestación de la lluvia, la vestidura viva deslumbrante de la lluvia,

es allí el animal aéreo de la luz que devora en sus extremos la sed de los hombres y acaba con ella.

El huanchaquero puso la mano derecha en el relieve de barro que representa la mesa o piedra de sacrificio y, cerrando los ojos, entonó un canto–plegaria mientras sus dedos frotaron ligeramente una superficie suave y plana del relieve, hasta que estos se adhirieron, como si se pegaran, al área tocada. Calló. Precedida de una luz azul, su percepción extrasensorial tomó forma: vio un viejo indio abandonar el cuerpo y viajar en espíritu acompañado por las almas de dos perros negros sacrificados que le guiaban en el mundo invisible hasta su nueva morada. En otra escena vio el cadáver del hombre rodeado de sus seres queridos. Contó a su amigo lo que veía.

–Todos los actos del pasado quedan grabados en nosotros y fuera de nosotros –comentó Rubén–. No se pierde nada. La mente no está sometida a las limitaciones coyunturales del tiempo y el espacio. Ella puede, en ciertas condiciones, extraer información del pasado o del futuro o de cualquier época y lugar. En la muerte somos prisioneros de la propia imaginación. Lo que se ve y nos captura más allá del cuerpo, no es sino una proyección mental elaborada con datos, paraísos y terrores existentes en la propia mente y contruidos por cada uno en la vida. Ser libre en la muerte es controlar la imaginación, mi querido amigo.

Yacutinamo llamó al espíritu del cerro Campana, el cual aparece bajo la forma de un ave que es la personificación del poder de la montaña.

–El espíritu mora muy hondo en las raíces del cerro, pero oye por la punta –dice–. *Cerro de los Andes, anúncienlo; achupallas floridas, griten de júbilo; arena de los contornos, aplaudan* –canta–.

Conectó la fuerza del corazón del cerro con la fuerza de su propio corazón e idea. El ritual no es sino la forma como el poder aparece en él. Consideró que ya estaba listo para una experiencia más prolongada de clarividencia.

No había visitantes en la huaca. Cogió una larga hoja de sábila de su bolso; abriéndola con su cuchillo, extrajo la gelatina de su pulpa a la que agregó polvos amarillos y el zumo de hierbas traídas en frascos pequeños. El resultado fue una sustancia suave y viscosa,

transparente, con la cual se untó el entrecejo, la frente, las sienes y las mejillas. Con tierra roja, pacientemente preparada por él, dibujó sobre la capa gelatinosa, seca en su frente y rostro, el símbolo de la espiral que partiendo de un punto diminuto crecía en línea cada vez más gruesa, cuando más externo era el giro. Modulaba emocionadamente una canción.

Cerró los ojos y miró internamente en su entrecejo, concentrándose. Como si fuera un camino, sumiéndome en su meditación, se deslizó por la espiral hacia un centro de sí mismo.

–Ahora sabrás –le dijo Rubén–, desentrañarás el misterio de las serpientes de tus sueños. Yo te ayudaré.

Esta vez Rubén puso una mano sobre el arco iris del friso de barro y, con el dedo índice de la otra, tocó la frente de Yacutinamo. Internamente la frente de éste fue un espejo de hierba macerada y viviente, enhebrada de luz extrafísica, en donde cosas lejanas o cercanas, del pasado, presente o futuro, a voluntad del veador, desfilaban, reales o simbolizadas, para su entendimiento. Con los ojos cerrados, Yacutinamo vio el arco iris esculpido en el barro transformarse en una serpiente que formó un círculo perfecto con su cuerpo. Del centro del círculo brotó un hombre joven de piel morena, saludable y alegre que le saludó con la mano en alto. Vestía indumentaria nativa, con adornos en el pecho, placas metálicas y collares de semillas. Yacutinamo observó con mayor detenimiento esta visión y pudo ver un resplandor en la parte superior de su cabeza, de color rosa–violeta, brillante, y luego, la totalidad de la poderosa fuerza resplandeciente emitida por todo su cuerpo. Era un blanco intenso y compacto en los primeros tramos alrededor de su cuerpo. Luego esa blancura resplandeciente, intensa, se integraba en un resplandor azul brillante. El campo de energía, fuerte, concentrado, poderoso, podría ser mucho más grande de lo que estaba viendo. Físicamente del tamaño de Yacutinamo, sin embargo el resplandor del entorno del joven lo hacía más grandioso.

La transmisión telepática llegó nítida a la mente de Yacutinamo:

–Recibe los nombres de las 24 Serpientes que serán tus amigos en la sabiduría y aprende –le dijo el joven moreno–. Modula repetidamente, a solas, los sonidos

de algunos de estos nombres alargando las sílabas, buscando un determinado matiz vibratorio. Entonces contactarás con ellos en pensamiento.

Ante los ojos de Yacutinamo brilló en el aire la palabra AMARU. Luego las letras permutaron para, desdoblándose, formar otras palabras, iniciándose todas con la letra A. La palabra AMARU, vista como criptograma, ocultaba los nombres secretos de otros seres. Se mostraron 24 nombres producto de las permutaciones, colocados en orden alfabético:

- | | | | |
|----------|-----------|-----------|-----------|
| 1. AAMRU | 7. AMARU | 13. ARAMU | 19. AUAMR |
| 2. AAMUR | 8. AMAUR | 14. ARAUM | 20. AUARM |
| 3. AARMU | 9. AMRAU | 15. ARMAU | 21. AUMAR |
| 4. AARUM | 10. AMRUA | 16. ARMUA | 22. AUMRA |
| 5. AAUMR | 11. AMUAR | 17. ARUAM | 23. AURAM |
| 6. AAURM | 12. AMURA | 18. ARUMA | 24. AURMA |

Uniendo pensamiento, sentimiento y voluntad, se sintió llamado a modular tres de estos nombres, los números 12, 13 y 24: AMURA, ARAMU y AURMA.

Concentrado en su devoción, en el poder del verbo, musitó rítmicamente, repetidamente la esencia sonora de los nombres. Los pronunció con amor, hasta alcanzar un acorde vibratorio intenso. Se convirtieron en sonido espiritual y en aceleradas vibraciones mentales, veloces y sutiles dirigidas inteligentemente por la voluntad del pensamiento a determinados destinos invisibles con presencia de vida humana especial.

Moduló, canturreó los nombres uno a uno. Y fueron mostradas nuevamente a Yacutinamo las serpientes de sus sueños. Se irguieron frente a él. Y cada serpiente fue revelando su verdadera naturaleza, la de tres personas adultas, poseedoras de la sabiduría y la realización que simboliza la serpiente.

Reunidos en la visión, pero distantes espacialmente. Tras Amura se erguía la fortaleza de Kuelap, en Chachapoyas, con una pequeña serpiente tallada en uno de los bloques de piedra de la pared de entrada. Junto a

Aramu, la imagen de una pequeña serpiente ascendiendo, tallada en uno de los bloques de la chulpa cuadrada de Cutimbo, cerca del lago Titicaca. Y al lado de Aurma, en el santuario de Chavín de Huantar, una loza cuadrada con la imagen tallada de un Sumo Sacerdote atigrado, de cuyo perfil se desprenden siete serpientes y porta en la diestra el cactus San Pedro.

Examinó la cara de Aramu. Al hacerlo, mirándole a los ojos directamente, vio cómo transformaba su rostro. Su cabeza era ahora una gran cabeza con un rostro fuerte y antiguo, de tipo indígena, de rasgos protuberantes, pelo largo, nariz ligeramente aplastada. Era de mucha edad, sin embargo tenía un rostro relativamente joven y fuerte, con una mirada profunda, bondadosa y recia a la vez.

Yacutinamo comprendió que Amura, Aramu y Aurma son la esencia de experiencias de muchas vidas, seres de otra dimensión pero con acceso a ésta o seres de esta dimensión con acceso a otras dimensiones. Vidas antiguas, ancestrales, de rostro adulto y joven que evolucionan a través de las edades en determinados lugares afinando su existencia discreta a través de los siglos. Vidas humanas que se hacen sobrehumanas en la sencillez de las formas, en la intimidad telúrica de las montañas, en la soledad creadora que intensifica la vida invisible. Recordó, entonces, la imagen en barro de una gigantesca serpiente ondulante descubierta en una de las paredes desenterradas de la Huaca de la Luna, en Moche. Y sintió el dolor, el sacrificio como esperanza, la muerte, la renovación de la vida eterna y la libertad de ser por siempre. Reparó que el signo de la serpiente está discreta o exaltadamente presente, en relieve, en muchos monumentos antiguos, prehispánicos, del Perú.

Amura, Aramu y Aurma le sonreían, mano en alto, en señal de saludo y bienvenida a la Comunidad de los Amarus Resplandecientes.